

Ana Luisa Ramírez

Dice ser una persona “dedicada a las perspectivas educativas: desarrollo de proyectos creativos, cursos, talleres, publicaciones y otras actividades ligadas a la infancia, los lenguajes y la literatura infantil”, pero es mucha más que eso. Basta con leer su blog: <http://analuisa-elhilorajo.blogspot.com> para darse cuenta de ella. Muchos niños la conocen por su libro álbum *Así es la vida* (Diálogo) y si usted quiere conocerla (que vale la pena) es muy probable que la encuentre en la escuela de verano de Acción Educativa o en los bosques de Arenas de San Pedro en los encuentros de animación a la lectura de Pizpirigaña

En perspectiva

Aquel joven profesor del instituto al que yo acababa de llegar, presidía una gran sala exclusivamente destinada a sus clases. Allí nos trasladábamos los alumnos de bachiller y tomábamos asiento en altas banquetas ante mesas individuales de dibujante.

Él, siempre situado en el ángulo izquierdo del aula y apostado tras su mesa, daba comienzo a las sesiones hablando con un indefinido acento de deje murciano.

Su asignatura pertenecía, presuntamente, al grupo de las denominadas “marías”, es decir, las que tradicionalmente eran feudo casi exclusivo de miembros de Sección Femenina y demás aledaños del Régimen. En estos casos se imponía la inevitable lámina del indio, del águila o del flamenco. Pero no, no era el caso. No sabíamos en realidad cuál era el caso pero, en cualquier caso, se trataba de un caso ignoto y por descubrir.

Todo en aquel profesor suscitaba curiosidad, era un gran enigma a desentrañar.

–Señorita –decía dirigiéndose a una alumna–, coja su banqueta y suba aquí a la tarima, haga el favor, vamos a ver qué es esto de “la perspectiva”.

La adolescente grandona, con un cuerpo del que aún no se había podido adueñar, seguía las instrucciones del maestro y, en pie sobre la banqueta, situada a su vez sobre la tarima, se mantenía en equilibrio oteando la perspectiva del aula como un grumete en lo alto del palo mayor.

–¿Qué tal, señorita?–preguntaba él respetuoso– ¿Cómo ve el panorama desde ahí?

De la perspectiva en picado, pasaba a un nuevo plano:

–Ande, señorita, bájese usted de la banqueta y échese al suelo colocando el ojo en el borde de la tarima. Cuéntenos, ¿cómo ve ahora la perspectiva?

Y así nos hizo descubrir, allá a lo lejos, un misterioso puntito invisible y bastante mentiroso llamado “punto de fuga”.

Era exigente en la valoración de los trabajos; al menor fallo, quedaban calificados de “chapuzas”. Y vuelta a empezar.

De vez en cuando surgía por parte del alumnado la incombustible pregunta:

–Pero ¿“qué” dibujo en perspectiva?

–¡Pues módulos, cubos o lo que usted quiera, como si quiere dibujar a su tía-abuela paralítica!

Sus respuestas siempre suponían una nueva sorpresa que, con frecuencia, cobraban aspecto de bocadillo de cómic.

En una ocasión nos planteó un trabajo de composición a base de pequeños circulitos de colores. Mi experiencia fue, una vez más, sorprendente, porque, sin saberlo, me había convertido en una suerte de extraña lazarilla de mi compañero de al lado. Era un chaval entrañable procedente de Casablanca que no tenía especial amistad conmigo, pero en el aula de dibujo siempre se colocaba misteriosamente a mi lado. Humedeciéndose con la lengua la yema del dedo, pescaba uno de aquellos circulitos y me preguntaba preocupado:

–¿Este de qué color es?

